

géticos, como nota Santo Tomás (1), ni resistir las graves tentaciones del enemigo, ni lograr esa *abundancia de paz* que caracteriza á los fieles servidores de Cristo (2), ni ser fiel por mucho tiempo á la divina vocación. Repito que estas almas no quieren condenarse, pero andan *por un camino que*, como dice el Espíritu Santo, *al necio se le figura acertado* (3), y no obstante, *conduce á la ruina* (4).

Para evitar esta desgracia—la mayor que puede acontecernos,—comencemos examinando reposadamente nuestra conciencia, y si nos arguye de algún pecado de los que habitualmente y sin remordimiento solemos cometer, sea él la materia del examen particular y de nuestras más fervientes súplicas en la oración, hasta que logremos arrancarlo del corazón, ayudando Dios que nunca falta, dice Santa Teresa. No dejemos nunca la oración por nada de este mundo, porque «este es el oficio de las religiosas», escribe la Santa (5); procuremos mortificar los sentidos del cuerpo, sobre todo los ojos y la imaginación; ejercitémonos todos los días en la humildad, tan amada de Cristo (6), y estaremos muy lejos de faltar á la caridad con nuestros prójimos. En una palabra, desprendamos el corazón de todo lo terreno y consagrémoslo entero á Dios, que suyo es; entonces lo aceptará de buen grado para derramar en él sus misericordias y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.

(1) Quodlib., IV, art. 23.  
 (2) Psal. CXVIII, 165.  
 (3) Prov., XII, 15.  
 (4) Prov., XIV, 12; Prov., XVI, 25; Isai., LV, 8.  
 (5) Camino de perfec., cap. 23.  
 (6) Psal. CXII, 6; Prov., III, 34; Isai., LXVI, 2; Jacob., IV, 6; I. Petr., V, 5.



## DEVOCIÓN Á MARÍA



## DEVOCIÓN Á MARIA

---

**A**RDUO y dificultoso es, hermanas mías, seguir á Cristo por la *senda estrecha* (1) de los consejos evangélicos que conduce á la perfección de la caridad (2); las almas privilegiadas que á ella aspiran se ven forzadas á trabar á menudo luchas formidables, *no con enemigos de carne y sangre*, dice el Apóstol (3), *sino con los espíritus de las tinieblas, príncipes de este mundo*, los cuales, á manera de salteadores, en frase de San Gregorio (4), con tentaciones, asechanzas y arteras emboscadas, intentan desviarlas del camino del cielo. Y son á veces tan vivas y tan importunas estas sugerencias, que las perturban y acongojan sobremanera y las ponen en peligro inminente de ofender á Dios con actos de desconfianza, de presunción, de vanidad, de orgullo, de liviandad ó desesperación, con riesgo de perder, no sólo la perfección que pretenden, sino también la salvación eterna (5). ¿No es

---

(1) Matth., VII, 14.

(2) 2. 2, q. 186, art. 3.

(3) Ephes., VI, 12.

(4) Homil. 2, in Evang.

(5) Scaramelli, tom. 2, cap. 10.

esto cierto, hermanas mías, con cruel y amarga certidumbre?...

Pero no temáis, no os desalentéis, que no en balde sois las escogidas del Corazón de Jesús (1); y entre los medios y trazas maravillosas que ha empleado para mejor mostraros la intensidad del amor que os profesa (2) y el empeño que tiene en conducirnos sin riesgo á la cumbre de la santidad, existe una, emanada de sus divinos labios (3), que constituye para vosotras—y para la humanidad en general—una garantía soberana, una prenda inestimable, tan valiosa y eficaz, que aunque otra no hubiera, dice un notable escritor, ella sola bastaría (4). Vuestro corazón la presiente; sí, es María, la criatura más perfecta, después de Jesucristo (5), y la más bella de toda la creación; el compendio de todas las maravillas del mundo visible. Destinada por Dios desde la eternidad (6) para Madre de su Unigénito (7), el Sér divino quiso hacer alarde de su poder ilimitado (8); se empeñó en darla un testimonio público de su amor colmándola de bienes, y reunió en su persona todas las perfecciones de que era susceptible una pura criatura, y se apresuró á multiplicar tesoros y riquezas en Ella, y la embelleció con lluvia copiosa de bendiciones, y la inundó con la efusión de todas las gracias necesarias para constituir un tipo de amor universal, que tan aplaudido y tan venerado había de ser por todas las generaciones (9).

Mas no creáis que todas estas maravillas y todas las grandezas que atesora esta Virgen incomparable son tan exclusivamente tuyas, que no desee hacernos á nosotros par-

(1) II. Paral., XXIX, 11; Psal. XLIX, 12; Isai., XLVIII, 10; Joann., XV, 16; Rom., VIII, 29; Ephes., I, 4; Coloss., III, 12; Jacob., II, 5.

(2) Isai., XLIX, 5; Jerem., XXXI, 3.

(3) Joann., XIX, 26.

(4) Mons. Gay. Esperanza cristiana.

(5) Cant., VI, 8.

(6) Prov., VIII, 23.

(7) Luc., I, 31.

(8) Luc., I, 51.

(9) Luc., I, 48.

ticipes de las mismas, puesto que los bienes de las madres son para sus hijos, é hijos suyos somos nosotros, engendrados en su Corazón al pie de la Cruz (1), y los hijos del corazón son tiernamente amados y espléndidamente favorecidos. Sí, hermanas mías, María nos ama; esta Virgen benditísima nos profesa entrañable cariño (2) y cifra todo su empeño en salvarnos, y por eso anhela tan ardientemente santificarnos; y su oficio es procurarlo, y su blasón conseguirlo, ya que es la Abogada más poderosa que podemos hallar para con Dios, y la más tierna y misericordiosa con nosotros. De modo que, si deseamos progresar en la virtud y asegurar la salvación de nuestras almas, dice San Juan Damasceno (3), debemos consagrarnos al servicio de esta Señora y recurrir á su valiosa protección en nuestras necesidades y peligros, pues tanto en el «poder» como en la «misericordia», añade San Bernardo (4), es inmensamente rica.

Veis aquí el asunto que voy á tratar con especial complacencia de mi alma: su interés y transcendencia reclaman toda vuestra atención.

~~~~~

Dos plenitudes podemos reconocer en el Océano: una de capacidad para recibir todos los ríos que desembocan en su seno, y otra de redundancia para suministrar, por medio de la cooperación y de la lluvia, abundante agua á la tierra. Estos dos modos de plenitud posee la Santísima Virgen: la primera de capacidad, es decir, de *poder*, como Madre de Dios; la segunda de redundancia, esto es, de *misericordia*, como madre de los escogidos (5). Veámoslo.

*Su poder.* Antes de aducir razonamientos en apoyo del

(1) Joann., XIX, 26.

(2) Prov., VIII, 17.

(3) Serm. de Annunt.

(4) Serm. 4. de Assumpt.

(5) P. Señeri, El cristiano instruído.

primer punto, debo deciros que la santidad, los privilegios, las gracias que la Virgen Santísima recibió en el primer instante de su sér, exceden toda comprensión humana y aun angélica. Desde ese momento María presenta tan asombrosa plenitud de gracia y santidad, dice San Anselmo (1), que después de Dios no puede concebirse mayor, y fuera de Dios nadie puede alcanzar ni con el pensamiento. ¡Ah!, al querer sondear este océano de gracia (2), al intentar describir este purísimo sol, véome oprimido por el peso de tanta gloria y deslumbrado por tanta luz. ¿Cómo penetrar lo impenetrable? ¿Cómo hablar de lo incomprensible?... No lo pretendo; me contentaré con trazar á grandes rasgos y muy torpemente algún diseño de tanta perfección y grandeza.

En primer lugar, todas las prerrogativas con que Dios enriqueció á María, todas *las cosas grandes que en Ella obró el Omnipotente* (3), proceden, se apoyan, descansan en el augusto misterio de su maternidad divina, dice el Doctor Angélico (4); dignidad sublime, prerrogativa incomparable, gracia singular, elevación altísima desde la cual domina á todas las dignidades terrestres y celestiales, y descuella entre todo lo más grande que Dios ha hecho. A la verdad: María es Madre de Dios, y con ello se dice todo lo más glorioso que de esta Señora se puede predicar. Para que podamos traslucir la grandeza de esta prerrogativa, vamos á desenvolver un pensamiento de San Buenaventura (5) hablando de esto mismo. Dios es infinitamente sabio (6); Dios es omnipotente (7); Dios es riquísimo en dones (8). Todo lo que su

(1) In lib. de Concep. Virginis.

(2) Luc., I, 28.

(3) Luc., I, 49.

(4) 3. pars., q. 7, art. 10, ad 1; Suárez, 3, pars., dist. 18., sec. 4.

(5) In Specul., cap. 4.

(6) I. Reg., II, 3; Rom., XI, 33; Philipp., III, 8; Coloss., II, 3.

(7) Génes., XVII, 1; Job, XV, 25; Tobíaz, XIII, 4; Apocal., XXI, 22; II. Machab., XV, 29.

(8) Psal. CXLIV, 16; I. Corinth., VII, 7; Ephes., IV, 8; Jacob., I, 17.

entendimiento concibe, su omnipotente brazo lo ejecuta; y cuando quiere henchir de bienes á una criatura, en su seno halla tesoros infinitos de naturaleza y gracia. Pues sin embargo de ser tan rico, no podría enriquecer con más gracias á quien de ellas estaba llena (1). A pesar de su infinita sabiduría, no sabría inventar un puesto más elevado, una dignidad mayor que la maternidad divina. Dios es omnipotente, repito; podría crear unos cielos más elevados, unas estrellas más refulgentes, un sol más encendido, un mundo más perfecto... todo lo que puede ser criado, su brazo omnipotente lo podría ejecutar; pero una Madre más pura, una Madre más perfecta, una Madre más santa, con toda su omnipotencia Dios no podría crear. ¿Qué es esto, Señor?... ¿A vuestra sabiduría, á vuestro poder osamos poner límites?... Pues ¿no sois Vos quien podéis hacer cuanto os plazca en el cielo y en la tierra?... (2). Así es, hermanas mías; mas no señalamos límites al poder, sabiduría y bondad de Dios, no, sino que enaltecemos cuanto podemos hacerlo, aunque no como se merece, la sublime dignidad de María por ser Madre de Dios. No decimos que sea finito lo que es infinito por naturaleza; mas engrandecemos tanto la dignidad de María, que nos atrevemos á decir que frisa con lo infinito. Tenemos, pues, asentado el fundamento en que estriba el poder inmenso de esta Señora: María es Madre, y Madre digna de Dios. Esto se dice pronto, hermanas mías, pero explicarlo no sería posible, aunque estuviéramos hablando un siglo entero. Es muy fácil decirlo, pero toda la eternidad no bastaría para llegar á comprender lo que significan, lo que encierran estas palabras: «María, Madre de Dios».

Ya no extraño que los Santos Padres y Doctores de la Iglesia no hallasen frases adecuadas para expresar las impon-

(1) Luc., I, 28.

(2) Psal. CXIII, 3; Ib. CXXXIV, 6.